

aventurarse en país extranjero (todo lo que se encuentra fuera del círculo o 0 originario), en donde desparrama toda su sustancia (divide su unidad en la serie numeral) y después de los sufrimientos y privaciones (números 5 y 6) aprende la divina necesidad de disciplinar y ordenar sus acciones (número 7) en armonía con la Ley (número 8), y de esta manera puede regresar nuevamente (número 9) a la casa paterna (el 10 como Plenitud).

En ambos casos el número 10 indica propiamente el regreso al punto de origen después de una larga peregrinación, representada por la misma serie numeral que tiene que ser recorrida por la Unidad en su camino involutivo-evolutivo: es el número 1 que se prepara para regresar en el 0, el hombre redimido por la iniciación que se encuentra nuevamente frente a las puertas del Edén, el hijo pródigo que se ha hecho sabio con la experiencia ganada en el sufrimiento, y que así puede regresar a la casa del Padre. Las dos alegorías se hallan así representadas simbólicamente por la serie numeral:

0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10,

que muy bien indica las diferentes etapas sucesivas de toda iniciación.

De la misma manera puede interpretarse aritmosóficamente la venida o caída de los hijos de Israel en Egipto, quienes, impulsados por las necesidades materiales (número 2), toman ese camino (número 3) y allí se establecen (número 4) hasta convertirse en esclavos (número 5) de este país que simboliza la ilusión de la materia. Con el número 6, que representa el nacimiento de Moisés – Mesías o Caudillo libertador- se manifiesta la esperanza y el principio de la redención, y empieza el éxodo (número 7) con la derrota de los egipcios (establecimiento de la Perfecta Justicia o número 8), y después de una larga peregrinación en el desierto (número 9), llegan nuevamente a la Tierra Prometida (número 10).

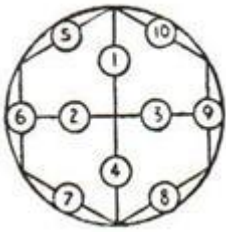
LA MÍSTICA ALIANZA

Representando el regreso de la manifestación unitaria individual a su Origen o Causa Primera – Edén, Casa del Padre y Tierra Prometida- el número 10 indica también la mística alianza que individualmente se establece con el Principio de Vida y que es, al mismo tiempo, causa, medio y efecto de dicho regreso evolutivo, después de un éxodo involutivo.

El número 10, que expresa esta alianza en el reconocimiento de 10 Leyes o Principios Morales de conducta individual, repartidas en 2 Tablas, se halla reproducido por los 10 dedos de las manos que se entrelazan y se unen mutuamente en el toque que realmente pertenece a este grado, y representa una unión más íntima y estrecha que en los precedentes.

La alianza, que se halla representada alegóricamente por el Arca y su contenido -**la vara de Aarón, el vaso de maná y las dos tablas de la Ley, o sea, un**

Cuaternario de realización- es la que establece una más perfecta unión y cooperación del 1 con el 0, o sea, de la Individualidad consciente con las infinitas potencialidades latentes de la Causa Primera. El número 1 reproduce en sí la vara del Poder de la Unidad, y el número 0 el vaso de maná –la sustancia que surge de las potencialidades latentes que son la nada aparente mientras los dos juntos en el 10 dan las dos Tablas de la Ley, la primera de las cuales indica los 4 deberes del hombre con el Principio de Vida (el centro del círculo, o sea, el número 1) y la segunda los 6 restantes que debe observar para con sus semejantes (la circunferencia o periferia del círculo que es el 0).



Geoméricamente, los 4 primeros deberes forman una cruz o cuadrante dentro del círculo, mientras los seis restantes miden hexagonalmente, con el rayo, el círculo de la manifestación individual. Así vemos que el número 10 no es extraño al problema de la cuadratura moral del círculo de la existencia.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Estos diez mandamientos no son simples preceptos elementales de moral exterior o profana, sino que abarcan un sentido esotérico o iniciático que se revela al estudio que de ellos hagamos con los conocimientos que hemos adquirido acerca del significado de los números.

El primero es la afirmación del Principio de Vida y de su Unidad absoluta: “Yo soy Jehová tu dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Es decir: “Soy el Ser que es por sí mismo, el Principio de Vida y de Luz que ilumina tu conciencia, que te sacó de las tinieblas profanas, de la esclavitud de la Ilusión. No tendrás otros principios, consideraciones o deberes delante de mí”.

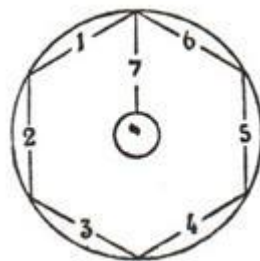
El segundo es la negación de realidad de todo lo que es reflejo, imagen o manifestación exterior: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni las honrarás, porque soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visitó la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos a los que me aborrecen y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”.

Este segundo mandamiento no significa, como puede creerse, la prohibición absoluta de formar imágenes exteriores de seres y cosas visibles e invisibles, sino que se refiere a los ídolos e imágenes que “nos hacemos” interiormente, cambiando esta nuestra ilusión por la realidad. En consecuencia, no es necesario que el ídolo se manifieste objetivamente: toda vez que anteponeamos en el santuario de nuestra íntima conciencia un “ídolo” o imagen que proviene de nuestra ilusión, al reconocimiento de la Realidad, que es el

Principio de la Vida en nosotros, faltamos a este mandamiento e incurrimos implícitamente en la sanción del mismo, que es pura y sencilla consecuencia causal de la Ley Unitaria. Todo error que en nosotros antepongamos a la Verdad, todo lo que nos hace esclavos de la Ignorancia, del Fanatismo y de la Ambición, es un ídolo que antepone al verdadero Dios; y otros tantos ídolos son las consideraciones materiales que prevalecen en nuestras decisiones, así como los males y las condiciones negativas de que hablamos y nos hacemos imágenes interiormente.

El tercer mandamiento se refiere a nuestra individual responsabilidad en el uso del verbo o palabra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”. Toda palabra que pronunciamos es una esencia que invocamos y evocamos por medio del poder del pensamiento, a la que nos atamos o con la que nos relacionamos en nuestra íntima conciencia; por esta razón “ninguna palabra puede pronunciarse en vano”, en cuanto su esencia se manifestará inevitablemente según la intención evocadora.

Por lo tanto, la Masonería –que tiene por lema fundamental las enigmáticas palabras con que se inicia el Ev.:. de S.:.J.:. –nos enseña como primera cosa a controlar y dominar la expresión verbal de nuestros pensamientos. Este control, claramente indicado por el signo del aprendiz, se halla confirmado por el signo de silencio que caracteriza a los Maestros Secretos: dominar toda palabra vana o



destruccion es un ejercicio del que no podemos prescindir antes de poder hacer de las mismas un uso verdaderamente constructivo. Sobre este punto nuestra Orden sigue, aunque en forma muy reducida, la huella clásica de la disciplina y enseñanza pitagórica, en las que también se les imponía a los novicios un período de cinco años, durante el cual debían tan sólo escuchar sin hablar.

El cuarto mandamiento hace hincapié sobre la necesidad de observar un séptimo día de descanso y recreación espiritual, para cerrar cada ciclo de seis días de actividad y comenzar uno nuevo: “Acordarte has del día de reposo para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu sierva, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las

cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día, por tanto, Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó”.

Este mandamiento es la expresión de un principio matemático que gobierna una necesidad cósmica: todo ciclo o círculo se mide, pues, exactamente con un polígono de seis lados iguales al radio, que viene a ser un séptimo elemento interior con relación al hexágono exterior. Toda obra o actividad es un círculo que se divide necesariamente en seis partes iguales al radio, y una vez terminado el ciclo hay que descansar, interiorizándose en este séptimo elemento santificador, destinado para preparar convenientemente una nueva obra o ciclo de actividad.

La elección del día es cosa de importancia secundaria: cualquiera que sea el día será un sábado o séptimo (el hebreo Shabbath quiere decir etimológicamente séptimo, habiendo después tomado también la acepción secundaria de descanso), después de un ciclo de seis días que le preceden. Lo esencial es hacer del mismo un día de interiorización santificante en el descanso de la actividad exterior, o sea, de toda obra dirigida por nuestro yo (nosotros mismos), o por nuestros propios pensamientos (nuestros hijos e hijas), nuestros deseos e instintos (la sierva, la criada y la bestia), y las palabras y sugerencias exteriores (el extranjero que está dentro de nuestras puertas). Hay que bendecir en este día todo lo hecho y santificarlo en nuestra íntima satisfacción.

El quinto mandamiento se refiere a la veneración que debemos a los dos Principios que manifiestan nuestra existencia individual: “Honra a tu Padre y a tu Madre porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Hay que notar que en este mandamiento no se consideran únicamente los padres terrenales que nos dan carnalmente el vehículo de nuestra existencia material: hemos de entender quiénes son espiritualmente nuestro Padre y nuestra Madre, de los que sacamos todos los días la esencia y la forma de nuestra manifestación exterior, para que la misma se haga más y más perfecta, fecunda, y se alarguen los días que la Senda del Progreso Vida nos ofrece en la existencia terrenal.

El sexto, conforme al místico significado de este número, nos recuerda el respeto que debemos a todas las manifestaciones de la Vida, con sólo dos palabras: “No matarás”. Este mandamiento puede entenderse en la plenitud de su significado sólo cuando alcanzamos en nuestra evolución espiritual el número 6 del principio Cristo –Daimon o Genio Individual- en el cual reconocemos la unidad de la vida de todos los seres de la que somos personalmente partícipes. No se refiere, pues, únicamente a matar materialmente o destruir la manifestación orgánica de un ser viviente –Templo de la Vida Única- sino también a todo lo que crea un impedimento y un obstáculo para la perfecta manifestación de esa Vida, según el Plan Divino y la Ley o Ideal interior. Toda palabra que hiera, todo pensamiento que no sea de benevolencia hacia quienquiera o cualquiera cosa se dirija, es una forma de matar y una infracción al sexto mandamiento.

El séptimo: “No cometerás adulterio”, se refiere a la infracción de la Ley de Perfección que el número 7 representa. Es adulterio todo lo que es causa de impureza o imperfección en nuestra conciencia interior y en su manifestación exterior, todo lo que nos aleja de la Belleza y pureza del Ideal o Verbo Divino que nos inspire, toda forma de apego a las condiciones y circunstancias materiales. Es igualmente adulterio toda forma de connubio de la Verdad con el Error, de la Sinceridad con la Mentira, de la Bondad con la Maldad, del Altruismo con el Egoísmo, del Amor con el odio, los celos y la pasión. Finalmente, es adulterio toda visión mixtificada que reconoce un principio del Bien y un principio del Mal, igualmente activa y operativa, y nos aleja así de aquella singularidad y sinceridad de visión que nos hace ver un solo Principio Benéfico Omnipresente, cuyo reconocimiento tiene el poder de alejar toda sombra u oscuridad de nuestra vida exterior.

Por consiguiente, la práctica de este mandamiento requiere un discernimiento iniciático, cuya perfección constituye el séptimo sentido o visión unitaria, poseyendo la cual “todo tu cuerpo será luminoso”.

El octavo mandamiento: “No hurtarás”, muestra la comprensión y aplicación de la Ley de Justicia y Amor que es dar, en vez de tomar o sacar. Todo lo que quitamos a la libre expresión de cada ser individual –ya sean cosas materiales o morales: vida, libertad, actividad, posesiones y posibilidades es un robo que hacemos a una manifestación de la Vida Única y un obstáculo o impedimento que creamos sobre el sendero de nuestro propio progreso evolutivo, en el cual encontramos limitaciones análogas a las que hemos contribuido a procurar, crear o establecer para los demás. También es un robo que hacemos a nuestro ser más elevado y a nuestro Ideal, toda vez que nos dejamos dominar y guiar por consideraciones de orden puramente material e ilusorio. E igualmente es un robo todo lo que omitimos dar pudiendo –robo que hacemos al mismo tiempo en contra de nosotros mismos (por ser Ley Suprema de nuestro ser la expresión o manifestación de lo mejor) y en contra de nuestros semejantes, que se hallan defraudados y retardados en su evolución, a consecuencia de lo que hemos dejado de dar o manifestar.

La sociedad tiene también que reflexionar con respecto al robo que considera su derecho perpetrar sobre la libertad individual, ya sea con leyes injustas o imperfectas, o bien bajo el pretexto de sanciones de crímenes, con las que frecuentemente se les usurpa mucho más de lo que debería a quienes se aprovecharon indebidamente de algo.

Nótese a este propósito que en la Masonería -y en general iniciáticamente- no existen derechos, sino únicamente deberes: los derechos pertenecen tan sólo a los profanos, que no conocen las verdaderas Leyes de la Vida y se creen con el deber de exigir algo de sus semejantes, sin percatarse de que esto constituye una violación de sus respectivas libertades.

El noveno: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”, es la Ley de Veracidad y la benévola discreción que constantemente se impone al Iniciado.

Los dos conceptos que es preciso aclarar sobre este punto son: “qué es la Verdad” y “quién es nuestro prójimo”. En relación con el primero, el Iniciado debe saber que la Verdad no se identifica con lo que nos relatan los sentidos o impresiones exteriores, y que hay que profundizar y ver lo que se oculta en lo íntimo de cada ser, cosa o persona, para ver cuál es en realidad su más verdadera intención o finalidad. En cuanto a nuestro prójimo, es aquél a quien, evidentemente, quien la Ley de la Vida pone intencionalmente en nuestro sendero.

Por consiguiente, nunca debemos hablar o pensar en contra de nadie que la Ley coloca en el camino exterior de nuestra vida, en falso testimonio, ya sea de nuestros sentidos, de nuestras primeras impresiones, de un juicio superficial, o de lo que otros puedan relatarnos acerca de él. Como el número 9 se refiere especialmente al Magisterio efectivo de nuestro Ser superior, que se consigue con la Suprema Iniciación (que nos abre la Puerta del Poder Divino representada por el número 10), siempre hemos de ver esa Chispa o Divina Potencialidad latente en cada ser, que constantemente se esfuerza en abrirse camino a través de las ilusiones materiales para evitar todo juicio, fruto de malquerencia, que sería como un golpe de la escuadra de hierro sobre su pecho, amortizando la llamada latente en su corazón.

Tampoco hemos de hablar falso testimonio en contra de nosotros mismos, evitando los dos extremos de un injusto desprecio y de la ceguera sobre nuestros defectos e imperfecciones, sobre los que hemos de aplicar constantemente aquella misma escuadra de hierro, junto con el compás de una Comprensión Iluminada, pues con la primera únicamente nos perderíamos más de una vez en el camino de la realización de nuestro Divino Destino, que es manifestar la gloria del mismo G..A..

Llegamos así al décimo mandamiento, o sea, la necesidad de matar, destruir o sublimar todo deseo de cualquier manera centrado sobre lo exterior: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Nos hallamos con el número 10, delante del Poder de la Unidad, manifiesto y activo en el centro del círculo, que, como un sol brillante, debe encontrar en sí mismo y manifestar desde lo interior su propia Luz, proveyendo espiritualmente a todas sus necesidades materiales. Por lo tanto, este mandamiento se halla positivamente iluminado por las palabras que siguen de Luz en el Sendero:

- “Desea únicamente lo que está en ti.
- “Desea únicamente lo que está fuera de tu alcance.
- “Desea únicamente lo que es inasequible...
- “Aférrate a lo que no tiene sustancia ni conciencia.
- “No prestes oído sino a la voz insonora.

- “No mires más que lo que es invisible tanto al sentido interior como al exterior.

Así pues, nuestro deseo debe descentrarse gradualmente de todo lo que se halla manifestado exteriormente, y concentrarse en su Origen y Manantial interior, en el centro de nuestro Ser Individual, cuyas infinitas posibilidades latentes han de aparecer en nuestra conciencia, para después tomar forma o solidificarse en el círculo de nuestra manifestación objetiva.

Nuestra constante aspiración y supremo deseo han de ser manifestar desde lo interior, desde la sustancia espiritual de nuestro yo, partícipe de la íntima esencia y realidad de todo lo que necesitamos, deseamos y queremos ver exteriormente, sin codiciar o desear nada de lo que posea nuestro prójimo, al que ha sido dado- y no a nosotros- por la Ley.

Este décimo punto **-dedo o mandamiento de la Ley-** es de importancia esencial para alcanzar (más o menos rápidamente según lo observamos u olvidamos) la Suprema y Real Finalidad de nuestro progreso: aquella libertad en la Verdad que únicamente se posee obedeciendo a la Ley de los Astros que es consciente gravitación de nuestro Centro Individual, manifestando exteriormente la Luz, la Verdad, la Vida y la Sustancia, por medio de la actualización y realización de las posibilidades latentes en su propio ser.

OTRAS DÉCADAS BÍBLICAS

Desde el punto de vista de la simbología iniciática del número 10, no será inútil señalar la importancia fundamental de los primeros diez capítulos del Génesis, así como los diez Patriarcas anteriores al diluvio, y los diez libros fundamentales de la Biblia, es decir, el “Pentateuco”, los “Cuatro Evangelios” y el “Apocalipsis”.

El primer capítulo del Génesis nos muestra la Creación hecha en principio, o sea, en el mundo mental, como planes o ideas, que debían después manifestarse exteriormente. El segundo trata de la manifestación material u objetiva del hombre y de todos los seres vivientes. El tercero se refiere a la tentación, o sea, a la Inteligencia que come del fruto del Árbol del Bien y del Mal, alejándose de esta manera del Árbol de la Vida y de su estado primitivo de inocencia.

El cuarto capítulo trata de los tres hijos de Adán: la voluntad egoísta de Caín, quien sacrifica las aspiraciones espirituales simbolizadas por Abel, y la reconciliación evolutiva representada por Seth. El quinto habla de los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé; y el sexto de sus generaciones y degeneraciones, así como de la alianza entre Dios y Noé, el cual, a semejanza de Adán, tuvo también tres hijos.

El séptimo se refiere a la fábrica del Arca y al diluvio, en previsión del cual fue construida, permitiendo la supervivencia del justo Noé y de sus hijos. El octavo capítulo describe la cesación del diluvio y el sacrificio de Noé; el noveno la multiplicación de los Hijos de Noé (el número 9 es, pues, la multiplicación de 3) y el pacto entre Dios y el hombre, establecido simbólicamente por medio del arco, cuya relación con el arca no es aquí simple y casualmente fonética (aunque etimológicamente las dos palabras tengan un origen muy distinto):

- “Y dijo Dios: ésta será la señal del pacto que establezco entre yo y vosotros, y toda alma viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos”.
- “Mi arco pondré en las nubes, el cual será por señal de convenio entre yo y la tierra” (Génesis IX, 12-13).

Finalmente, el décimo capítulo habla de las generaciones de los hijos de Noé.

Los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé constituyen un primer ciclo humano completo y perfecto en sí mismo, que se cierra naturalmente con el diluvio o catástrofe cíclica que origina otro período del que el número 10 deviene la unidad inicial:

1. ADÁN	edad:	930	años
2. SETH	”	912	”
3. ENOS	”	905	”
4. CAINAN	”	910	”
5. MAHALALEEL	”	895	”
6. JARED	”	962	”
7. HENOCH	”	365	”
8. MATUSALEM	”	969	”
9. LAMECH	”	777	”
10. NOÉ	”	950	”

Los nombres y características de los Patriarcas (o épocas que caracterizan) tienen analogía con los números del orden y de la edad. Esta última oscila alrededor de los 900 años, indicando el ciclo particular al que cada uno se refiere y que se completa con el número 1.000 únicamente la edad de Henoche -**el séptimo**- es de 365 años, que corresponden con los días del año solar; característica es también la de Lamech -**el noveno patriarca**- que expresa la triple perfección del número 7 repetido tres veces.

En cuanto a los Diez Libros Fundamentales de la Biblia -**5 del Antiguo y 5 del Nuevo Testamento**- pueden considerarse igualmente una perfecta expresión de la década que empieza con el número 1 del Génesis, o principio originario de

todo, para acabar con el 10 de la final revelación, en la que se encierra el Plan de la Nueva Jerusalén, o sea, de una nueva creación.

Entre el 1 y el 5 se integra el Antiguo Testamento, que tiene que acabar **-en su parte esencial-** con el número 5 de la humanidad, con el Deuteronomio o segunda ley: “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara” (Deuteronomio 34, 10).

Con el 6 empieza el nacimiento del Cristo en el centro de la Estrella, y su perfecto desarrollo (número 7), su muerte (número 8) y resurrección (número 9) en vida Eterna, o sea, el Nuevo Testamento que se refiere a la regeneración, así como el Antiguo expresa la generación.

EL CANDELABRO DE SIETE LUCES

La comprensión del décimo mandamiento hace perfecta la mística alianza de la criatura con el Creador, del Hombre con el Principio de Vida con el cual coopera conscientemente para la expresión de sus planes, que siempre han de manifestarse –como toda cosa o creación- desde lo interior a lo exterior.

Por esta razón el Arca ha de ser iluminada por el candelabro de siete luces, que son, a la vez, los siete Elohim o Creadores (manifiestos en los siete rayos, las siete Fuerzas Planetarias y en los siete Ángeles que se sientan delante del Trono de Dios), las siete virtudes, las siete Artes y los siete dones del Espíritu Santo: Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Juicio, Fortaleza, Ciencia y Temor de Dios (Comprensión de la Ley).



Estas siete luces filosóficas deben iluminar y completar, en el Maestro Secreto, la Fe, la Esperanza y el Amor, cuyo práctico conocimiento ha sido objeto de los tres grados simbólicos. La Devoción y el Respeto a la Ley vienen primero y conduce naturalmente a la verdadera ciencia **-discernimiento y conocimiento de la Realidad-**. Este conocimiento es la verdadera Fuerza del Iniciado: la Fuerza Invencible que se hace manifiesta como fortaleza de carácter.

A su vez, la Rectitud de Juicio que nace de la firmeza en el discernimiento, es la base de todo sano consejo, sin el cual no puede haber verdadera inteligencia. Y la Sabiduría, que viene por último, es la primera en categoría, ya que comprende e integra en sí todos los demás dones. A ella se refiere Juan el Bautista, personificación de la Inteligencia, cuando dice: “Éste es el del que decía: El que viene tras de mí es antes de mí, es primero que yo”.

Las siete luces o fuegos deben encenderse y brillar en el Santuario de nuestra íntima conciencia, ante el Arca o receptáculo arcano, símbolo de aquella Alianza que nos convierte en verdaderos masones, Obreros Iluminados y Conscientes del Gran Arquetipo, que constantemente se dedican con Fe, Ardor, Libertad y Firmeza a la realización de sus planes, con un siempre más perfecto conocimiento y una siempre mejor observancia de sus Leyes.

EL ARCO IRIS Y EL ARCA DE NOÉ

Hay una manifiesta analogía entre el candelabro de siete luces que se encuentra ante el Arca de Alianza y el arco iris, con sus siete colores, bajo el cual se suele representar el Arca de Noé, con la que está asociado indisolublemente.



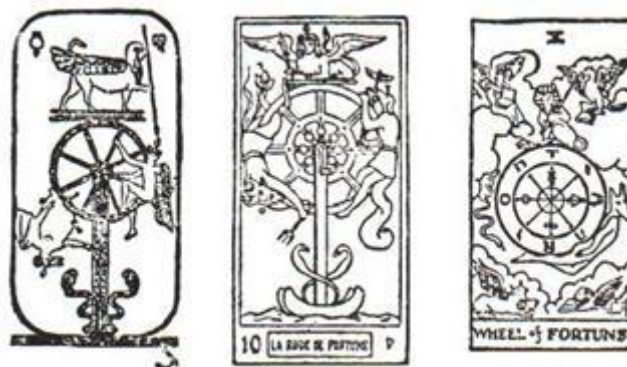
Debe notarse a este propósito que, también en la mitología pagana, el Arco Iris fue siempre considerado como un símbolo de las relaciones entre el cielo y la tierra, y la misma Iris fue personificada como Mensajera de los dioses, representándose con alas de oro, muy semejante a Niqué, la diosa de la Victoria, pero distinguiéndose por el caduceo que lleva en la mano, a semejanza de Mercurio.

Iris y Hermes (o Mercurio), en su calidad de mensajeros divinos, vienen a formar un binario en todo semejante al de los Querubines (igualmente ángeles o mensajeros) que encontramos sobre el Arca de Alianza, pues son ellos quienes establecen la relación sobre la cual descansa la alianza misma. En cuanto al Arca de Noé, no puede por cierto negarse su relación simbólica con el Arca de Alianza, de la que fue inspiradora. Esta última es, pues, una reproducción en pequeño de la primera, igualmente símbolo de alianza (o reciprocidad constructiva) entre el Hombre y Dios, que hizo posible la salvación del primero de los cataclismos naturales en que perecen los que no reconocen la Omnipotencia del Principio Divino que mora en ellos, estableciendo su alianza indispensable con ese Principio.

EL DÉCIMO ARCANO DEL TAROT

La rueda de la Fortuna, de la Vida o del Destino, que constituye el décimo arcano del Tarot, es un símbolo interesantísimo, como expresión alegórica de las potencialidades del número, Ley o Regla Soberana de la Vida y de la creación. Hay que acordarse a este propósito que 10 **-ni uno más ni uno menos-** son exactamente los sephiroth y los mandamientos.

Por estas razones el número 10 fue venerado en la antigüedad como divino o celestial, y el sistema decimal fue siempre conocido aunque, por considerarse sagrado, lo fuera sólo de los Iniciados. (Véase a este propósito lo que escribe H. P. Blavatsky en el volumen 1º de la Doctrina Secreta)



La rueda, que constituye la parte central de la figura, es un círculo que se mueve alrededor de su centro o eje, el ciclo de la manifestación, producido por la unidad central Inmanente y Eterna. El pie o sostén de la rueda es una expresión dual de la Unidad Central, que puede muy bien parangonarse a las dos columnas que sostienen el Templo del Universo. Esta dualidad se halla evidenciada por las dos serpientes que forman en el mismo un verdadero caduceo. En la figura que reproducimos, este pie flota apoyándose en una zátara sobre el mar de la Vida, o el Océano que constituye las aguas de la esencia primordial.



La rueda tiene 8 rayos, opuestos de dos en dos: esto quiere decir que se halla producida por la cruz de los elementos –el cuaternario de la realización- o por la irradiación centrípeta del eje. Sobre su circunferencia, o perímetro exterior, se apoya un ternario simbólico, constituido por Anubis -**el Genio del Bien que asciende del lado derecho**-, Tifón –el Genio del Mal que desciende del izquierdo- y la Esfinge, la Sabiduría Iniciática que se mantiene inmóvil en el centro en el más perfecto equilibrio, por encima de ambos.

La Esfinge, coronada por una corona de nueve puntas o por el símbolo del Azufre, tiene sus alas abiertas y desplegadas, indicando este particular que su apoyo se halla más bien en las regiones celestes; por esta razón se establece y se sienta en una posición de libertad y dominio, entre las dos opuestas fuerzas de la evolución, por encima de la ley alterna de los ciclos, llevando en la mano derecha la espada del discernimiento y poder.

Así debe establecerse el Iniciado, cuyo símbolo es el primer arcano, por encima de la Ley de los opuestos, sobre la tierra que le ha sido dada, en una

posición de dominio y equilibrio transmutador, avanzando el pie izquierdo en dirección al Oriente del Conocimiento, y manteniendo firme el derecho en el Occidente, sobre el terreno de la acción.

El ancho sombrero de esta figura iniciática tiene algo más que una simple analogía con el símbolo matemático del ∞ ; representa las infinitas posibilidades del círculo o cielo de la manifestación, en las que ha de centrarse la Inteligencia, para adquirir el poder de expresarlas exteriormente, y por lo tanto se relaciona íntimamente con las alas de la Esfinge que acabamos de ver.

La mano izquierda se eleva en un gesto que tiene analogía con el del Compañero, llevando la vara simbólica del Poder o conciencia de la Unidad, que debe convertirse en fulcro de la rueda de sus actividades.

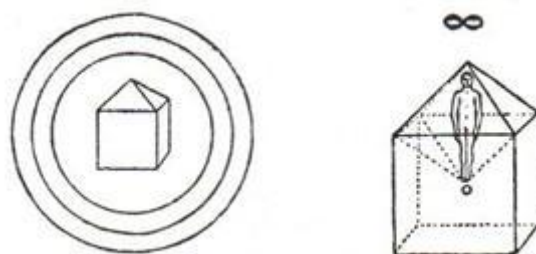
Y la derecha se extiende por encima de la mesa, sobre la cual se encuentran otros tres instrumentos mágicos, la copa del Saber o de la Comprensión, la espada del atrevimiento y el pantaclo del silencio.

Otros representan este mismo arcano con la vara en la mano derecha, expresando así la Voluntad, el querer, que hace efectivo el saber, por medio del atrevimiento y del silencio.

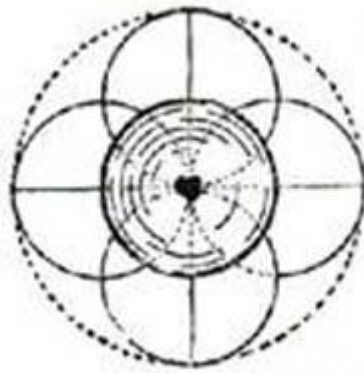
LA PIEDRA CÚBICA DE PUNTA, EL CÍRCULO Y LA ESFERA

Pertenece a este grado el símbolo de la piedra cúbica de punta como centro de un círculo o de una esfera, de los que debe hacer la cuadratura o cubatura. La piedra es, pues, el mismo masón que ha encontrado y levantado su propio centro ideal y espiritual, mientras el círculo representa la esfera de la actividad en la que se encuentra y actúa.

Volvemos así otra vez al punto de partida: al 0 o huevo primordial de la manifestación, que simboliza tanto el macrocosmos como el microcosmos y la unidad de ambos; pues en el fondo son idénticos en cuanto hay un solo centro y una sola manifestación y la ilusión de la separatividad cesa cuando uno alcanza la perfección del séptimo sentido de la Verdad.



Mientras el hombre ordinario es una unidad potencial todavía inconsciente de sus posibilidades y poderes latentes, el Iniciado que ha ingresado por sus propios esfuerzos en el Santuario del Ser -representado por el número 0 y al que se llega como consecuencia de un progreso o evolución en la serie numeral-



ha venido a ser una unidad activa y consciente, capaz de manifestar estos poderes, cuya efectividad tiene su raíz en la íntima realización de la conciencia. La piedra bruta o unidad amorfa se ha convertido en piedra cúbica, y ésta ha levantado su centro, que se ha transformado en el vértice al cual ascienden sus aspiraciones (los ángeles) y del cual descienden sus inspiraciones (los arcángeles), para realizarse tetragónicamente en la misma piedra cúbica de la personalidad regenerada, o de una actividad conforme con estos mismos principios.

Por lo tanto, la Piedra Cúbica viene a ser aquí la equivalencia de la Esfinge que toma su asiento sobre el vértice equilibrado de la Rueda de la Vida (círculo o esfera de la manifestación), o del Iniciado que levanta en la mano el Poder de la Unidad a la altura del círculo de su sombrero, para expresarlo con Juicio, Discernimiento, Rectitud y Firmeza en un cuaternario de realización (Copa-Bastón-Espada-Pantaclo, o sea, Saber-Querer-Atreverse-Callar) que corresponde con la cuadratura del círculo o esfera que lo rodea.

La comprensión del hecho de que nuestra piedra cúbica individual es centro de un círculo o esfera de pensamiento y expresión activa, del cual o de la cual debe hacer la cuadratura, manifestando el Orden del Plan Divino, en el caos de los errores, imperfecciones y fatalidades humanas, es efectivamente lo que hay de más esencial en este grado, digno complemento de los que lo preceden y preparación de los que lo siguen, y para acabar la obra que aquí únicamente se indica y puntualiza.

Es, pues, necesario que la Piedra Cúbica (cuyo Centro Elevado es el Santuario del Ser y el mismo corazón de Hiram), se transforme, por medio de la luz recibida y asimilada desde lo interior, en verdadera piedra filosofal. Y para esto se necesitan las sucesivas operaciones que conducen a la formación



de la mística rosa y a su realización en la Cruz de la Perfección, con el poder de regeneración de la sangre del Pelicano y su sublimación en el Águila Coronada.

Sin embargo, la base de todo es el principio de realización filosófica que aquí se indica: la Piedra Cúbica ha de ser centro efectivo del círculo o esfera de su existencia y actividad, dominándolo rectamente así como la Esfinge domina la rueda del destino, y efectuando la mística cuadratura que es la Cruz de la Regeneración y de la Perfección, sobre la cual el Águila o Esfinge Coronada extenderá sus alas. Y la cuadratura de la esfera conducirá a reconocer en su superficie cuatro círculos iguales que han de corresponder perfectamente con los cuatro brazos de la Cruz.

LAS LETRAS DEL ALFABETO

Cabe en este grado completar el estudio de las letras del alfabeto, que hemos empezado en los de Aprendiz y Compañero.



La letra M reproduce en su forma originaria las ondulaciones de las aguas, siendo este último exactamente el sentido del nombre hebraico de la letra mem. En ese sentido, y como decimotercera del alfabeto primitivo de 22 letras, se refiere al Misterio del Nacimiento (entendiendo las aguas como semen) y de la Muerte, y por ende a la regeneración, que es combinación y sublimación de aquéllos.

Esta letra –una de las tres letras madres del alfabeto hebreo- es la inicial de masón y maestro, de mysto y misterio, de mago, magnitud y muerte, así como de la Palabra Sagrada del tercer grado. Podemos ver en ella las dos columnas y el lazo que las une, cuyo levantamiento formará el arco real del Magisterio.

Su valor numérico 40 en hebraico y 1.000 en cifras romanas multiplica la década en el ciclo cuaresimal de todas las purificaciones, y la eleva a su triple o cúbica potencia.

La N es en hebraico nun, el “pez” o Vida, la eterna Afrodita nacida de las aguas madres, y tiene relación con el producto de la purificación: la Gnosis, conocimiento o Sabiduría que con ella se alcance (el dios caldeo Oán, considerado a semejanza de Thoat en Egipto como el Iniciador y la Fuente de toda Sabiduría, tiene precisamente cabeza de pez). Esta letra es la tercera y última consonante en el nombre de masón y en la Palabra Sagrada de Maestro; simbólicamente, en su forma grecolatina, tiene analogía con el aleph hebraico y nos muestra el ligamento que una las dos columnas, acentuando en ellas el carácter de fuerza respectivamente ascendente y descendente.

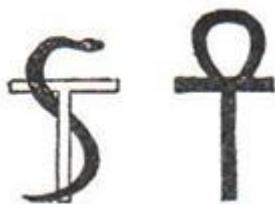
La forma fenicia de esta letra tiene analogía con el látigo o férula, y con emblemas análogos empleados simbólicamente, que podemos ver en la mano de figuras antiguas.



El O, cuyo correspondiente simbólico y ordinal es en hebraico ghain, aparece en un círculo que representa el huevo, el ojo y el sol. Por lo tanto, esta letra es muy importante para el maestro secreto y, con las dos precedentes, forma una especie de trinomio de magisterio, análogo al trinomio MBN de la palabra de Maestro y a MSN de la palabra masón. Ojo es también el sentido de la letra ghain, fonéticamente característica de los idiomas semitas, la decimosexta de aquél alfabeto, con valor numérico 70.

La forma latina de la letra P se acerca a la hebrea más bien que a la griega; esta última nos presenta la perfecta arquitectura de una puerta, con sus dos columnas y el arquivado, mientras la primera es un símbolo de preeminencia, elevando un semicírculo, a semejanza de banderilla, por encima de un asta o línea vertical. En el alfabeto hebraico es decimoséptima, con valor numérico 80 y su nombre pe o fe significa “boca”; en correlación con la precedente hace referencia al signo de silencio que acompaña la visión secreta de la verdad. La Q o qoph –decimonona letra hebrea, con valor numérico 100- nos presenta la forma característica de bonete distintivo de un alto oficio sacerdotal o regio; es, pues, como la precedente, un símbolo de preeminencia y elevación. En hebraico denomina la parte posterior de la cabeza, y en griego se encuentra como numeral, con el nombre copa y valor 90.

La forma griega de la letra R es idéntica a la P latina; la latina aparece como fusión de P y Q, es decir, una Q elevada. Su nombre hebraico resh significa “cabeza” (nótese la identidad fonética con resh o rish sánscrito “profeta, vidente”), siendo la vigésima letra con valor numérico 200. Las letras PQR constituyen un trinomio de nobleza y exaltación.



La S latina es una serpiente, cuya forma tiene analogía con la de la letra hebrea tsad, mientras la sigma griega, triforme, se relaciona igualmente con la primera y con shin y samek; esta última significa “sostén”, con valor numérico 60, mientras shin tiene el sentido de “diente” y vale numéricamente 300. La suma de las dos equivale, por consiguiente, a los 360° del círculo y a los días siderales del año solar.

La S y la T son dos símbolos que se complementan: este último es masónicamente la unión de la perpendicular con el nivel, e iniciáticamente la cruz o martillo de Thor (el dios Marte), reproducido por el malleto de las tres luces, emblema equivalente a la escuadra del Venerable de una Logia simbólica. La unión de las dos letras forma el símbolo significativo, que reproducimos: la fuerza serpentina que actúa sobre el tau individual, para después levantarse hasta la cumbre, formando así el otro emblema conocido con el nombre de cruz ansada o Llave de Isis. En hebraico tau significa “cruz”, terminando como vigésima segunda letra del alfabeto, con valor numérico 400. La U es letra moderna derivada de V, como la G de C, por la necesidad de distinguir entre los dos sonidos, adquiriendo una forma práctica idéntica a la “griega”: es una curva que desciende y sube –la humillación o descenso a los infiernos, preliminar necesario de la exaltación o sublimación. En lengua hebrea se identifica fonéticamente con la vau.

La V muestra el equilibrio de las dos fuerzas descendente y ascendente o tendencias centrípeta y centrífuga de la creación.

Como ángulo invertido es también el símbolo de la parábola, o sea, del arco involutivo-evolutivo que constituye la esencia de toda creación o manifestación: la involución de la Conciencia en la forma, y la consecuente evolución de ésta, bajo el estímulo de aquélla, para que así puedan manifestarse progresivamente las posibilidades inherentes en ambas, hasta que la Conciencia, dominando por completo la forma, la supera y se libra así de su necesidad. La letra W, de origen más reciente en los alfabetos modernos, reproduce, sin embargo, por su forma, la shin semítica y el sigma griego; también puede considerársela como una M invertida, y por ende la elevación equilibrada que se establece en la concurrencia de dos arcos involutivos. Es decir, algo análogo a la esfinge sentada en la tangente de la Rueda del Destino, que acabamos de estudiar. Con esta letra, por lo tanto, bien pudiera terminarse un alfabeto iniciático.

La X –análoga a las dos griegas χ y $\acute{\epsilon}$ –es una cruz que muestra la focalización de un centro elevado de las aspiraciones e inspiraciones del hombre: los ángeles y arcángeles que suben en la mística escalera. La importancia de esta letra se nos hará más evidente en grados superiores. Lo mismo hemos de decir de la Y, que muestra la expansión del yo individual en la conciencia cósmica y el árbol de la vida, mientras Z es el rayo o Poder del Fuego que une la tierra con el cielo y que todo Iniciado, nuevo Prometeo, debe lanzarse a conquistar.

EL DIEZMO

No podemos dejar el estudio iniciático del número 10 –de la triple tríada que resume y concentra los poderes desarrollados en su evolución, en la unidad originaria- sin tratar la bíblica obligación del diezmo, a la que se sujetó voluntariamente el mismo Abraham, con relación al Rey Iniciado Melquisedec.

Según relata el capítulo XIV del Génesis: “Salió el Rey de Sodoma a recibirlo (a Abraham) ... Entonces Melquisedec, rey de Salem –el cual era sacerdote del Dios alto- sacó pan y vino; y bendíjole, y dijo: Bendito sea Abraham del Dios alto, poseedor de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios alto, que entregó tus enemigos en tu mano. Y dióle (Abraham) los diezmos de todo”. (Esclarecen este punto del diezmo las palabras evangélicas (Mateo, VI, 20): “Más haceos tesoros en el Cielo ... porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”; y el capítulo III de Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi Casa (pueda ser alimentada la Causa de la Verdad), y probadme ahora en esto si no os abriré las ventanas del cielo (las inspiraciones que hacen prosperar toda actividad), y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde (no como premio, sino como efecto y consecuencia del reconocimiento efectivo del Principio Espiritual de toda prosperidad).

La obligación del diezmo, que constituía parte importante de la legislación judía, es la obligación universal que todos los Iniciados en la Verdad tienen de contribuir fielmente con una parte de sus ingresos –que no debe ser inferior al diezmo- en aquella forma libremente elegida que juzguen más oportuna y eficaz, para sostener la Causa de la Verdad y del Bien.

Debe ser este diezmo una libre oferta enteramente desinteresada que el Iniciado o Maestro Secreto hace directamente al G..A.., según la particular inspiración que recibe en el santuario de su íntima conciencia, dando constante y fielmente cuando menos la décima parte de todo lo que recibe o llega a poseer, como voluntario y gustoso tributo al Principio Invisible, que es Origen, Fuente, Manantial y Realidad de todo, para que su luz triunfe y se disipen las tinieblas de los errores. Haciéndolo así muestra y demuestra su íntimo reconocimiento espiritual superior a las consideraciones materiales, y su cualidad de iniciado, distinguiéndose de los profanos, que se hallan constantemente dominados por estas últimas.

Por consiguiente, el diezmo viene a ser un complemento práctico y necesario del principio positivo que brota del estudio del décimo mandamiento, o sea: considerar como Fuente, Manantial y Providencia espiritual de todo al Centro Interior y Divino de nuestra Vida, al Yod misterioso que se esconde en medio del Delta Central del Santuario de nuestro ser, descentrando la atención de las Fuentes materiales y considerándolas únicamente como cauces a través de los cuales el Principio Sustancial de todo puede manifestarse como providencia actual de lo que necesitamos materialmente.

Así únicamente puede el Maestro Secreto, en cualquier circunstancia, cesar de ser esclavo de las consideraciones materiales y realizar la Divina Libertad del Espíritu. El diezmo es manifestación paralela concomitante y

demostración del individual reconocimiento de este Principio, que lo hará prácticamente operativo en la vida; y una vez se realice constituirá el mejor y más deseable seguro, ayudando al establecimiento del orden divino en el caos del mundo, oscurecido por los errores y prejuicios profanos.

Pues no menor que la importancia individual y psicológica es el significado y valor social del reconocimiento de la Ley del Diezmo, cuya fiel aplicación únicamente puede sostener y llevar al triunfo las ideas y movimientos progresistas, que constituyen la sal de la tierra, sin la cual no hay esperanza de que puedan resolverse los problemas, temores y dificultades materiales que atormentan el mundo de hoy, y que precisamente tienen su raíz en la visión material de la existencia.

